

# MIRANDOSE EN EL ESPEJO

*por Enrique Aguilar*

*Para Maribel Gil*

Si no me pongo hielo se me va a inflamar. Lo bueno es que nada más fue un rozón. Cuando sintió que me había dado se asustó. Fue el único que me alcanzó a dar. Yo sí le acomodé varios buenos y bien puestos. Las clases de karate de algo tenían que servir. Lo que más coraje me dio es que se alcanzó a quitar varias de las mawashis que le aventé. Si le acomodo una de esas sí lo siento. No dejaba de reírse y de burlarse de mí. La gente debió imaginar que estábamos jugando, pero yo sí lo quería madrear en serio. El muy idiota hasta se daba tiempo de decir con su tonito sangrón que estaba muy bonita para andar diciendo palabrotas y que quién me había enseñado la maña de andar-me peleando en la calle. Yo no le hacía caso y nada más lo perseguía y cuando estaba a distancia le pegaba con todas mis fuerzas, ¡pinche güey!

Todo empezó porque después de haber mandado a fregar a su madre a unos bueyes que me dijeron de cosas, al muy tarado se le hizo fácil decir, cuando pasé junto a él, que qué trompabulario tan horrible tenía. La verdad eso fue muy poco comparado con lo que dijeron los otros, pero como iba tan enojada, le tiré una cachetada. La esquivó y el payaso se puso en guardia y yo también pero en serio y lo comencé a fintar y él nada más se cubría o caminaba para atrás. Estaba muy enojada y quería desquitarme.

Y es que nunca faltan imbéciles en la calle que me digan cuanta porquería se les ocurre. Parece que les pagan. Ya estoy cansada de aguantar sus majaderías: que vamos a coger y que te lo mamo y mil madres ¡carajo!, como si las mujeres tuviéramos la obligación de oír todas las estupideces que a esos castrados se les ocurren, para poder andar en la calle. Y pensar que hay desgraciados que se acercan y tienen aliento a caño, a vil caño ¡guácala!, y que no faltan los sin madre que hasta tratan de poner sus asquerosas manos sobre mí. Ya, ya estoy cansada, qué sexo débil ni que nada, el que me dice cualquier cosa o medio se quiere acercar lo mando a joder a la madre, que lo más seguro es que ni tenga. ¿Por qué aceptar calladamente? ¿Por qué dejarme? Soy libre de hacer lo que quiera y de andar por la calle a la hora que sea y de vestir como mejor me parezca. Esos cerdos creen que siempre me ando ofreciendo, o buscando con quién acostarme, o que salgo para oír y soportar sus estupideces. Estoy harta, por eso de nadie me dejo, y luego me sale este men-

so con su tarugada de que estoy muy bonita para decir leperadas, ¡qué bonita ni qué la jodida! ya nadie se fija en eso, si lo hicieran otras cosas se les ocurriría decir, pero no, son puros sementales malditos, para ellos todo es coger, mamar y agarrar, malditos asquerosos!

Desde que comencé a contestarles y luego que con las clases de karate ya hasta les puedo romper su apestoso hocico, me siento mejor. Antes nada más caminaba rápido, o me ponía a llorar como desesperada. Todavía hay veces que me dan ganas, porque tan sólo con oírlos siento que me ensucian, pero mejor me aguanto y les digo hasta de que se van a morir. Pocos son los que se atreven a contestar o a darse de chingadazos, porque son una bola de castrados. Creo que no lo hacen porque me ven muy enojada y porque no hay muchas que se les enfrenten, y además, no lo voy a negar, aún existen quienes nos defiendan; Una vez fue un señor gordito de lentes el que me ayudó a sonarme a un hijo de rata que me quiso manosear; estábamos discutiendo, y como siempre en esos casos, el muy pinche me decía que él no había sido, después de que le había visto estirar su mano de simio; el señor se acercó y de un trancazo lo tiró y yo a puras patadas ya no lo dejé levantarse. Le di hasta que me cansé. Luego hasta el señor mejor me dijo: ya déjelo señorita, ya se lo sonó, ya está bien.

No sé por qué después de cada pelea me da escalofrío, muchas ganas de volver el estómago y de llorar.

Cuando estaba chica me urgía crecer, para que se fijaran en mí, para que me tomaran en cuenta, pensaba que iban a existir muchos cuates guapos que me dirían cosas que me harían sonrojar y reír, pero lo malo fue que me di cuenta que crecí porque me comenzaron a llover insultos y majaderías antes que a mis amigas, y fue porque el busto me creció antes que a ellas. En ese tiempo yo pensaba que sólo cuando mi mamá me comprara un sostén podría pensar que ya tenía senos y como nada más seguía comprándome camisetas, estaba feliz pero inquieta.

Un día fui a la tienda y al pasar enfrente de una vendedora un desgraciado se me acercó y me jaló hacia el zaguán, me arrinconó contra la pared y comenzó a tratar de besarme, al mismo tiempo que con una mano trataba de agarrarme las nalgas, y con la otra los senos. Los pezones se me pusieron erectos y bajo esa tosca mano descubrí mis senos, los sentí por primera vez, los noté. Ese descubrimiento me paralizó. La cosa esa —no se puede llamar de otra manera— que me estaba manoseando, se aprovechó de eso y me quiso subir el vestido mientras se me repegaba y gruñía en mis oídos, cuando sentí sus dedos en mis piernas comencé a gritar y a llorar muchísimo y ese hijo de su puta madre se echó a correr porque la gente de la vendedora se asomó. Llegué a la casa y le conté a mi mamá, ella se puso a llorar junto conmigo.

Bonita me voy a ver si se me pone morado, ojalá y no.

Cuando me puse mi primer brasier y mis primeras pantimedias no sentí lo que mis amigas me habían contado. Me dio un poco de alegría, pero también miedo, nada más de pensar que en la calle me iban a molestar más. ¿Por qué? ¿Por qué tienen que hacernos la porquería de no dejarnos ser felices? ¿Con qué derecho?

Como quisiera que un día se cambiaran los papeles para que todos esos

marranos supieran qué se siente que le hagan a uno porquerías gratuitamente, qué feliz sería si existieran maricones que se arriesgaran a joder machos en la calle, o donde fuera, para que vean lo que es ser perseguido y humillado nada más porque sí.

La primera que me enseñó a defenderme fue una sirvienta, ella siempre que salía se llevaba en la mano una botella de refresco, un día que nos encargaron un mandado, íbamos confiadas platicando y en una esquina se nos acercó un hijo de la chingada y ella que le acomoda un botellazo: lo descalabró. Nos echamos a correr llenas de miedo. Lo más chistoso es que la botella no se rompió, creo que eso sólo pasa en las películas, pero del susto la tiramos en la orilla de la banqueta antes de entrar en la casa, sentíamos que nos venían siguiendo y que la botella era como quien dice el cuerpo del delito. Estuvimos como un mes temerosas de salir.

Parece que se me está desinflamando.

Ningún muchacho me gusta. Todos me dan asco. Pienso que los hombres son como perros que nada más andan viendo que agarran, a quien se le enciman. Al único que le tengo confianza es a Luis porque entre los dos nos defendemos, es bien cuate, a lo mejor es porque a él también lo joden por tener chuecas las piernas. Con él no me da miedo salir; cuando quiero ir al cine o a ver ropa o zapatos siempre va conmigo y hasta entre los dos hemos correteado a varios méndigos.

Voy a ponerme agua fría, aquí, con una toalla, porque si voy hasta la cocina por hielo mi mamá se puede dar cuenta y me va a preguntar que qué pasó, y si le digo me va a regañar o se va a poner a llorar como siempre.

¡Nada más de acordarme del menso ese me da un coraje! Cuando sintió que me había rozado la cara se paró, creo que fue sin querer, porque lo que más hacía era quitarse los golpes. El también debe saber karate porque casi todos los esquivaba, eso sí, cuando se paró le acomodé un suki de película, y entonces comenzó a hacerse para atrás y a meterse entre los coches, el muy sangrón dijo que mañana me esperaba ahí mismo para darme la revancha y también que me pusiera hielo para que no se me hinchara, todo eso me hizo enojar más, pero también sentí ganas de reír. No lo pude alcanzar por más que corrí, tiene bastante agilidad.

Mañana le voy a decir a Luis que me acompañe para que le pongamos en la madre a ese sangruncito. Cuando vio que me cansé por abrir la boca para respirar, el muy payaso todavía tuvo la ocurrencia de decir que si amanecía sin ganas de pelear con alguien tan bueno como él, que de todos modos fuera para irnos a tomar un café. ¡Qué tipo tan sangrón! Después de que me dijo eso, lo volví a corretear, pero él tiene más condición que yo; ya voy a dejar el cigarro para poder correr más. En Reforma se subió, así, corriendo, a un camión y todavía se dio tiempo para decirme adiós con la mano y gritarme que nos veíamos a las siete.

Voy a echarme más agua fría, mañana, con el maquillaje, y los ojos pintados, el muy menso no me va a notar nada.